

Mueves
Cinematográficos

NUM. 18
- JUNIO, 30 -

El Día
Gráfico



ALICE TERRELL.—¿Rubia o morena?—se preguntarán los numerosos admiradores de la linda star de la Metro Goldwyn, legítima esposa del director Rex Ingram—. Acostumbrados a ver su rostro dentro de un marco de cabellos de oro, sorprende verlo entre una melena oscura. No obstante, parece ser que este último aspecto es el verdadero.



ANITA FONT Y JORGE DUCROS.—Esta pareja aparece en una película que patrocina la Real Sociedad Arbol de Noel.
(Foto Art.)



¿NO ME CONOCES?
ESTE JINETE MEJICANO, TAN SERIO
BAJO EL SOMBRERO DE ALA ANCHA,
ES NADA MENOS QUE BÉBE DANIELS
DE LA PARAMOUNT.



UN SOFA ENVIDIABLE
EDDIE CANTOR NO HA ENCONTRADO
MEJOR SOFA PARA DESCANSAR QUE
ESTA CUADRUPLE HILERA DE «BA-
THING GIRLS» APETITOSAS.



ESO NO SE HACE.— Está muy mal desperezarse ante el público. Pero tal vez Norma Shearer, proclamada la estrella más bonita de Hollywood, no contaba con nuestra curiosidad. (Fot. Keystone).

MOMENTO CRÍTICO.— El—George Siegman—, está en el séptimo cielo del alcohol. Ella—Pola Negri—, se prepara a realizar un golpe de audacia.

PAULINA STARKE
De la Metro Goldwyn, se nos presenta con un traje bicolor y algo cubístico.
(Fot. Consorcio).

Hablando con Edwin Carewe

La formación de un trust cinematográfico para fomentar la producción del cine hablado en España

LEGAMOS al hotel donde se hospeda el mejor y más conocido director de cintas de Hollywood.

Su silueta de hombre enérgico y amante del trabajo se recorta en la media luz del hall, y podemos verlo inclinado sobre un montón de papeles, absorbido por el trabajo.

Naturalmente, no queremos interrumpir su tarea árdua, y nos sentamos lejos de él, con su hermano, director de cine también y escenarista. Nos presenta a su esposa, una deliciosa americana de ojos luminosos y claros y de simpática sonrisa.

Hablamos de todo, de cine, de negocios. Carewe junior es un hombre de talento y de cultura.

—A los diez y nueve años—nos dice—, con pocos dólares y poca experiencia, quise fundar un periódico en Norte-América. Tuve suerte, y a los diez meses, mi periódico era el que más se vendía en la ciudad... También escribo; hice el escenario para «Ramona», para «Resurrección» y «¡Venganza!» He producido mucho; he escrito una barbaridad de novelas...

—Yo—confiesa sonriendo—, soy de origen indio. Mis tatarabuelos de segundo grado eran indios, creo..., y de una tribu muy distinguida.

Ciertamente, Mr. Carewe junior tiene la cara de un buen americano, no de indio.

—Hemos visto mujeres muy bonitas aquí—dice su esposa, terciando en la conversación.

Y en este momento se acerca Carewe. Se excusa de su toilette matinal, en mangas de camisa, diríamos. Tiene tanto calor y está tan fatigado el excelso director!

Y empieza la entrevista:

—Pregúnteme lo que quiera—dice, con gesto amable.

—¿Es cierto que tienen ustedes en plan formar un gran trust cinematográfico para fomentar la producción del cine hablado en España?

Edwin Carewe hace un gesto evasivo.

—Siento mucho no poderle decir gran cosa sobre el particular... Es todavía muy pronto para aventurar nada importante.

Nosotros insistimos:

—De todos modos, ¿puede usted decirnos si el trust englobará las casas de cine españolas?

—Ciertamente, y creo que estas casas pueden darse por satisfechas de tener una oportunidad de realzar su producción, que por ahora está algo baja...

—Las películas que se filmarán bajo este trust ¿serán, desde luego, españolas?

—Claro. Todo el material y artistas serán españoles. Puede usted decir que tienen buenos artistas, magníficos artistas... Lo que flaquea es la dirección, y sobre todo la fotografía. ¡Oh, la fotografía es muy mala!

El trust cinematográfico filmará películas en español, para que puedan entenderse, puesto que es natural que no todos saben hablar inglés. Los artistas españoles, el material también español, y las fotografías también sacadas aquí, puesto que tienen ustedes un tan bello país para hacer films. El trust comprenderá Madrid, Barcelona y Sevilla. Ya verán ustedes si el cine será algo grande en España! Desde luego todo será dirigido por americanos.

Edwin Carewe hace un gesto amplio en el que parece evocar un porvenir desconocido para el cine español.

—¿Y usted cree que el cine hablado es un porvenir para la cinematografía?

—¡Quien lo duda! En América los cines mudos no se ven concurridos, y en cambio los cines hablados, es fantástico!...

—Hemos oído decir que para filmar cine hablado es preciso tener los Estudios en condiciones especiales, cerrados completamente.

—Sí, así es, puesto que el cine hablado registra todos los sonidos que se hagan... Por lo mismo es algo duro de filmar, para los artistas y para nosotros.

—Y, ¿cómo puede filmarse cine hablado en medio de la calle, por ejemplo?

—Pues oyendo todos los ruidos que se hagan en la calle, autos, tranvías, todo, en fin, sin excepción. Será algo muy agradable, ya verán ustedes.

—¿Y habrá suficientes artistas españoles para filmar estas películas?

—Ciertamente, no. Por lo mismo hemos reclutado toda una serie de buenos artistas americanos del Sur, que hablan el español, aunque con un ligero acento distinto, pero fácil de comprender.

—¿Desde luego Dolores del Río figurará entre estos artistas, no es así?

—Sí. Dolores del Río es una artista que a su belleza une una inteligencia extraordinaria, y tenga usted bien entendido, que lo primero que hay que tener para filmar, es inteligencia. Un artista sin inteligencia es un maniquí, para nosotros.

—Se ha dicho que para ser buen artista es preciso estar más de cuatro años entrenándose.

Carewe, se sonríe.

—No; dos años todo lo más para aprender deportes y lenguas, que es también muy interesante.

—Pero en un año se lanzan muchas artistas. Dolores del Río la lancé en este espacio de tiempo. ¡Y cuántas artistas no he lanzado yo así!

—Y María Alba, nuestra compatriota, ¿tiene un porvenir en el cine?

—Sí; es una muchacha inteligente, sin duda... Hará su camino, que se retrasó únicamente por no saber bien el inglés y algunos detalles complementarios.

—¿Y ahora estarán ustedes mucho tiempo aquí?

—No; mañana por la mañana, a las

EL ETERNO
SONRIENTE

Maurice Chevalier

SE alostumbra a decir que en Francia todas las cosas, hasta las más sagradas, acaban en cantos; sin duda que Maurice Chevalier, príncipe de la fantasía, ha tenido a bien intentar que este refrán se extendiera también a América, porque, gracias a las canciones, ha empezado en aquellas tierras una carrera cinematográfica triunfal.

Y este triunfo se ha operado naturalmente por medio de la magia de un «talkie», es decir, de un film parlante: «Los inocentes de París», que el simpático artista fué a realizar a los estudios Paramount, hace apenas ocho meses y que recientemente se estrenó, con un éxito extraordinario, en Nueva York y Los Angeles.

Sencillo, sonriente, emocionado a ratos y bromista siempre, era el caudal espiritual, el bagaje que el simpático artista llevaba a la gran ciudad del cine.

Llegó a Hollywood y tan pronto puso en ella sus plantas, la conquistó.

Las grandes estrellas, las de brillo propio y cegador, y los «ases» más reputados, salieron a su encuentro y le hicieron una recepción inolvidable.

Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Adolphe Menjou, etc., etc., honraronse con su amistad. Este último le hizo un regalo, consistente en un magnífico ejemplar canino, que Chevalier se apresuró a bautizar con el nombre de «Adolphe». Y, sin desmayos ni vacilaciones, con una resolución «muy francesa», y sin abandonar ni un momento su eterna sonrisa, Chevalier, que no había hecho nunca cine parlante, se puso briosamente a trabajar.

Al cabo de tres meses, bajo la dirección del «metteur en scène» Richard Wallace, se terminó el film.

M. Jesse Lasky, el director de la

Paramount, que había «descubierto» a Chevalier en uno de sus viajes a París, seguía con interés el progreso y desarrollo de la producción. Había oído decir que el alegre Maurice sería una maravilla en las «talkies» y no se habían equivocado.

Cuando empezaron a presentarse los primeros trozos, todo el mundo se entusiasmó. Chevalier, sin embargo, no pensaba más que en criticarse; le parecía que su labor no era del todo completa, que hubiera podido hacer todavía más.

—La atmósfera del estudio no se puede respirar en un solo día—decía—y estoy seguro que mi próximo film será mejor, porque he aprendido mucho y me sentiré un poco menos nervioso.

«Podría citar dos o tres pasajes de «Los inocentes de París», que, a mi juicio, no son tan buenos como los otros.»

Poder hacer una crítica de sí mismo ya es una fuerza. Tal como es en la vida, muéstrase Chevalier en ese film, cuya acción es esencialmente francesa.

«Lo que más me ha gustado—declaraba a un periodista que había ido a entrevistarle—es que he llevado un poco de París a América, no de ese París de los salones o palacios, ni el de los boulevards, sino del París de los arrabales, donde yo nací, del de la Butte, del París del «Mercado de las pulgas» y de las tiendas y puestos en la vía pública. Y de lo que estoy más orgulloso es de que hablando inglés como un francés, haya ejecutado inmediatamente lo que un artista americano hace cada día.»

«En efecto, en el film me nuevo, hablo, canto y bailo como lo haría un actor americano. Es cierto que otros compatriotas han estado antes que yo en los Estados Unidos: Sarah

Bernhardt, Cécile Sorel, Ivonne Pringtemps y Sacha Guitry, pero todos, sin excepción, recitaban o cantaban en francés.

La diferencia para ellos era ligera... mientras que para mí constituía una adaptación completamente nueva.

En «Los inocentes de París» tengo canciones francesas e inglesas, que alterno, y canto algo también de mi repertorio, diversos trozos: «Dites-moi, ma mère» y «Valentine». Espero que las canciones inglesas llegarán a ser también populares.»

Y como se le preguntara la opinión que tenía de dicho film, respondió:

«Sin exagerar y a juzgar por los progresos realizados cada día, es la verdadera fórmula del cine de mañana. Los detractores que en un principio tuvo, acuden ahora presurosos a refugiarse en él. El público americano no quiere más que eso. El público francés estoy completamente seguro que no tardará en seguirle.»

El público francés le ha seguido, al menos en lo que respecta a Maurice Chevalier.

Su film, estrenado en el teatro Paramount, de París, bajo el título «El cantar de París», ha obtenido, como en Nueva York, un éxito triunfal; y fué éxito doble, ya que la función de gala era a beneficio de la Asociación de hijos de artistas y Amigos de los niños.

La fotogénica sonrisa de Maurice Chevalier dará probablemente la vuelta a Europa, donde sus alegres canciones ya le precedieron antes.

Espero con ansia que algún salón de los muchos que hay en nuestra ciudad se ponga en condiciones de proyectar «talkies», para admirar una vez más al genial artista, muy conocido aquí, y cuyas actuaciones en el Principal Palace constituyeron éxitos sin precedentes. R. M.

seis, marchamos hacia Villefranche, de allí a Cannes, Niza, Mónaco, toda la Costa Azul, después Italia, Suiza, Francia, una magnífica tournée... y después hacia Hollywood.

—Espléndido viaje. ¿De negocios?

—Un poco de todo. Yo no puedo estar un día sin trabajar; siempre tengo algo que hacer; es terrible, y estoy cansado ya... pero también entra mucha parte de placer en esta excursión.

—Y como director de cine, ¿qué piensa usted filmar más?

—No sé... Quizás nada más. Creo que «Evangelina» ha sido mi última producción.

—¡Es posible! ¡Sería terrible para el cine que usted se retirara!

—No me retiraré, pero entre mi hermano y yo haremos el trabajo.

En este momento, la indiscreta cámara fotográfica nos saca un grupo en el que estamos todos los reunidos: Edwin Carewe, su hermano y sus esposas respectivas.

E inmediatamente la máquina saca otra fotografía mientras estoy haciendo la interviú. Y Edwin Carewe se sonríe con su risa franca y gentil. Parece muy alegre, y así lo demuestra. Nos enseña las palabras que sabe decir en español, y todo él rebosa la alegría más franca y cordial.

Y, finalmente, os despedimos.

—¡Hasta la vista—nos dice—; pero no adiós!

Su acento es ligeramente extranjero, pero agradable. Son las palabras que ha aprendido mejor en español. Y en efecto, hasta la vista, ya que hoy mismo hemos de encontrarnos en la Casa de EL DIA GRAFICO, a donde irán a pasar un momento, para visitar los talleres y la Redacción.

—Cinco minutos solamente—dice el director, sonriendo—. No dispongo de más tiempo.

Y se aleja, irguiendo su cabeza de hombre inteligente, que sólo concibe la vida con trabajo, trabajo y actividad.

CHIP

FLIRT DE VERANO

EL flirt sería más peligroso en verano que en invierno? Los hombres dicen: sí; las mujeres sonríen. Y la verdad rehúsa de comprometer su castidad, dejando por tan fútil cuestión su fresco asilo.

¿Peligroso un flirt de verano?

—He oído decir—dice Jaqueline Loogan—que las cerezas sin líbor son sosas tanto como un beso a distancia. Me parece que unas verdaderas vacaciones sin flirt no serían vacaciones. Naturalmente, hay peligro si se abusa del juego, puesto que se puede una enamorar y de veras; pero para esto está el verano.

Ben Lyon dice:

—No estoy conforme con estas teorías. Una mujer que quiera interesar a un hombre no se para en barras sobre la estación, como lo mismo un hombre de una mujer. La estación en este asunto es un factor sin importancia.

Ramón Navarro encuentra que el verano no tiene importancia:

—Personalmente, si buscara distracción en un flirt, lo practicaría sobre todo en verano; es más inofensivo.

Estas aventuras acaban como se han empezado, gentilmente, con toda la camaradería posible. Pero no me hable de un flirt empezado en una excursión a la nieve. Una pérdida, una necesidad de buscar un refugio son los terribles enemigos del hombre y de la mujer.

Griffith, que es una autoridad en todo lo que concierne al amor, nos dice:

—Nada puede tener peligro ni dejarlo de tener. El amor, tanto en verano como en invierno, impide que el mundo se termine.

Las mujeres se dividen las opiniones:

—¿Por qué no me pregunta usted si la dinamita es peligrosa?—dice Betty Compton.—Estoy cierta que encontraría algún imbécil que le diría que es inofensiva, a condición de saberse servir de ella.

—¿El flirt? Es hacer ver un sentimiento que no existe. Me gusta demasiado la verdad para esta superchería—declara Luisa Fazenda.

—Para que el flirt sea sin peligro, se tendría que ser una psicóloga infalible, a fin de escoger un partenaire que tuviera las condiciones precisas. Es imposible y entonces...—suspira Fay Mac Avoy.

—¡Bah!—replica Mary Prevost.—¿Podría ser posible que una cosa tan deliciosa como el flirt pudiera tener peligro desde el momento que no se toma en serio?

—¿En verano y en invierno, cono-

céis mejor manera de matar el tiempo?—pregunta Dale Fuller.

—Todo es peligroso si se abusa—declara Laura la Plante, en un tono definitivo.

—Es perder el tiempo—suspira Ester Ralston.

—¡Ah, el flirt!—dice pensativamente John Gilbert.—Yo lo he practicado mucho..., demasiado quizás, y algunos de ellos han acabado mal. Han acabado sencillamente amando con pasión, lo cual nos ha hecho desgraciados a los dos. Felizmente, Ina Claire, mi esposa, ha venido a despertarme, pues yo creo estaba dormido sinceramente, en el flirt empezado con Greta Garbo. Yo creo que esta mujer me hubiera vuelto loco con el tiempo... Sí, ciertamente, el flirt es peligroso, pero no en verano, sino en todo tiempo. Una luna, un jardín y un violín tocando alguna música triste, y soy capaz de hacer mil tonterías... Es decir: Era capaz de hacerla... ahora ya no.

—Peligro, peligro, ¿Quién habla de esto tratándose de un placer?, dice Virginia Valli. El flirting debe practicarse con un desconocido... algunas veces se cae, pero casi siempre el sabor del peligro y del desconocido hacen que la aventura sea deliciosa...

—No aconsejo a nadie flirting... es pernicioso y sobre todo en las mujeres les gusta prematuramente el corazón. La mujer que ha flirtado mucho en su vida no puede entregar verano es igual que un corazón íntegro a su esposo... ¡En verano es igual que en invierno!

—Vea usted—dice en voz baja William Haines—no tenemos fuerza para luchar. El flirt en la mujer más inocente es un pretexto para que la conduzcan al altar. ¡Y ya tenemos el verano! amigas lectoras... ¿Quién quiere flirting conmigo?

CHIP

CRITICA SEMANAL

EL credo de la mujer». Un film Harrison Ford, Georgia Hale y americano interpretado por Lee Moran.

En Nueva York, el día mismo de su casamiento, John Stilmann se ve acusado de un crimen que no ha cometido y se ve abandonado de todos, hasta de su mujer.

Condenado a la última pena, moriría sin la abnegación de una joven periodista que lo ama y lo salva.

Esta comedia, sin pretensiones, pero inteligentemente conducida, nos hace entrar en los dominios de las sensaciones muy conocidas del condenado a muerte salvado a última hora, pero, de todos modos, el interés se conserva hasta el final.

Harrison Ford está muy bien; algo monótono quizás; Harry Clark, un director de periódico muy vivamente pintado; Georgia Hale, antigua partenaire de Chaplin, da muestras de sensibilidad e inteligencia.

«Prisionera». No creáis que sea otra «Divina mujer» de Corinne Griffith. Esta bella artista está en esta película espléndida como siempre, pero la película no es como la primera. Es película hablada.

De una manera muy conmovedora nos cuenta este film la vida de una

joven húngara que está entre las garras de un dueño de un club bajo, ella roba para huir de él, y, finalmente, después de mil aventuras desagradables, logra encontrar el amor y la felicidad en los brazos de Ian Keith, que hace el difícil papel de Cathay. Buen film y buenas fotografías...; algunos defectos quizás en la actuación de la bella Corinne.

«Broadway». Film hablado también y que nos proporciona las delicias de oír música y cuadros de cabaret al natural. Evelyn Brent está magnífica sin duda, pero encontramos algún defecto en la actuación de todos modos brillante de Glen Tryon. «Broadway» es un drama de noche de girls y de amor nocturno. Buenas fotografías.

«La mujer del infierno». Cuando Jaime del Río escribió esta historia no pensaba, sin duda, que Mary Astor la interpretaría, y ciertamente lo seguro y positivo es que Mary Astor todo lo parece menos un ser infernal. Boby Armstrong hace magníficamente su papel de enamorado, algo soso por momentos; Mary Astor, en esta película, demuestra tener una voz excelente y bien timbrada. Habla claramente y en conjunto la película es espléndida.

CRITICO DE HOLLYWOOD

Nuestro Consultorio

GINA Ala: Me pregunta usted algo que la semana pasada ya contesté. Léalo usted de nuevo tomándose una limonada helada... Harry-Liedtke nació en Viena en 1886, casado, mide 1'70, pesa 68 kilos... Tranquílcese, no soy en manera alguna calvo.

—Amando el cine: Petrovich tiene exactamente treinta y un años, es alto, mide 1'69 y pesa 65 kilos. Como usted ve, está algo delgado...; habrá que engordarle...

Por ahora no se ha casado, por lo cual puede usted, cuando quiera, sentar plaza de aspirante a la vacante que tiene en su corazón. Entre nosotros es muy voluble.

—Anny: Los que le han dicho que el hermano de Douglas reemplazaba a éste en sus últimos films, están completamente equivocados o quieren engañarla. Yo conozco a Robert Fairbanks y se parece tanto a Douglas como Kar Dane y Ramón Novarro. ¡Con que veal!

—Tex: Es usted un joven alocado y, además, un poco impertinente. No creo que su apasionada carta haga otro efecto a Vilma Banky que el de la hilaridad... No puede menos de ser así, querido amigo... Escríbala a los United Associated Artists, Hollywood. La carta puede la lea su secretario. Es rubia, mide 1'65, pesa 60 kilos y tiene cerca de veintiséis años de edad.

—Esmira: Oiga usted, joven apasionada: No sea tan precipitada... Le advierto que de nada serviría su reclamación, y, a decir verdad, no encuentro una injusticia de la suerte, como dice usted generosamente, el que Gilbert e Ina Claire se amen. ¡No iba a amarla a usted a tanta distancia!

—Pájaro azul: Creo sinceramente que está usted hecho un pajarito azul muy terrible... Si quiere puede escribir a Gary Cooper, pero he de hacerle dos advertencias: está firmemente enamorado de Lupe Vélez, y no habla más que el inglés. Si quiere podemos escribirle nosotros por usted.

Gary Cooper tiene treinta años, mide 1'70, pesa 68 kilos y es castaño de pelo. Ignoro absolutamente el color de sus ojos... ¿Le interesa mucho?

—Willy, mi sueño: No sueñe usted tanto, amiguita mía; pero le diré que Willy Fritsch ha filmado con Fritz Lang en «La mujer en la luna». Willy no es tan guapo al natural como usted cree... Tendría una desilusión. Puede usted escribirle.

—Ensueño: Decididamente, las lectoras son románticas. ¿Usted cree firmemente que mirando un retrato de su ídolo Conrad Veidt éste sentirá nada... así como una puñalada en el

GALERIA DE ARTISTAS CELEBRES

Retrato de un artista

HA nacido en América... con antecedentes escoceses. Es un hombre que ha hecho soñar a más de una loca cabecita con sus gestos y ademanes de gran amante y enamorado de la mujer...

Con esto seguramente no les bastará para saber de quién se trata... Con que adelante.

Es un hombre de talla mediana, mide 1'67, pesa 62 kilos, tiene el pelo castaño, los ojos azul oscuros y una boca grande y sonriente, que parece siempre querer comer a besos.

Empezó a hacer cine después de haber hecho algunos años de extra y podemos decir de él que es el mejor galán joven de la pantalla que hasta la fecha se ha conocido, si se exceptúa al pobre Rudy.

Se ha casado tres veces... Parece que la última es la definitiva.

Este artista filma por cuenta de la Metro Goldwyn y gana un sueldo fantástico. No ha hecho nunca ningún rapto sensacional ni ha sido nunca raptado a su vez.

No hace hablar mucho de él. Últimamente se creía firmemente que iba a ser víctima de una hermosa sirena que parecía envolverle cada día más en sus redes. No ha sido así y ello ha causado gran decepción.

Ha filmado con Mae Murray, con Renée Adoré, con Vilma Banky; no es Ronald Colman, como podría creerse.

Su primera película se llamó «Pase para un marino».

Últimamente hizo una magnífica película con Joan Crawford, en la cual formaban una pareja magnífica.

Este artista ha sido la causa de que se hicieran mil novelitas fantásticas acerca de su primera esposa, que estaba acusada de haberlo obligado a casarse por fuerza y mil cosas por el estilo. Su segunda esposa era también artista de cine, que todavía trabaja, pero ya no con tanto éxito. Cierta vez hizo de director de cine y su vida ha sido de lo más agitada que pueda imaginarse en cuanto a la cinematografía.

Con todo esto, hay un solo y último detalle. Lleva un pequeño bigote que le favorece muchísimo y le da un sello de especial simpatía a su rostro.

Si con todo esto no lo habéis adivinado, tenéis poca penetración, amigos lectores, porque se trata de John Gilbert.

CHIP

corazón? ¿Qué edad tiene usted, querida? Conrad Veidt tiene cerca de cuarenta años. Es muy alto, pelo castaño, ojos verdes, casado y muy feliz. ¡Ya ve usted quel...!

Ecos y charlas de Hollywood

EL casamiento de John Gilbert con Ina Claire ha suscitado otra viva discusión. Parece que Ronald Colman amaba también a la famosa actriz.

¡Bien por Ronald! Quizás le quede el remedio de enlazar su pena con la de la enfermiza Greta Garbo.

Ina Claire ha declarado posteriormente que se casó con John Gilbert porque amó su risa franca y clara, digna de un corazón nuevo y juvenil.

El príncipe Fernando de Prusia solicitó hace poco de Anita Page acompañarla al estreno de Show Boat. Naturalmente, el papá y la mamá Pomarés cayeron en un ataque de histeria al saber la compañía que llevaría su hija adorable. ¿Sabíais ya que Anita Page se llamaba Ana María Pomarés? Parece un nombre de aquí, ¿no? Pues, sencillamente, Anita Page es nacida en California, de padres mejicanos.

Desde luego, podemos asegurar que la famosa artista acudió al teatro en compañía del príncipe. En Hollywood un príncipe triunfa siempre... ¿Cómo no?...

A Greta Garbo le ha salido una competidora. Ciertamente, es maravilloso ver lo que se parecen las dos actrices en cuestión. Geraldine de Vora, de nacionalidad por ahora desconocida, se parece tanto a Greta Garbo, que ésta la conoció en casa de un modisto en las siguientes condiciones: Greta se hallaba escogiendo un modelo para su próximo film. A su lado se hallaba una joven que también escogía trajes, y en cuanto Greta pudo verla su cara exclamó llena de a sombro:

—Gott! She likes me! (¡Dios, cómo se parece a mí!)

Desde luego, lo que podemos certificar es que Greta ha sido buena con ella y la llevó a su director de cine, para contratarla. Greta tiene buen corazón, a riesgo de encontrar una seria rival.

Billie Dove anuncia sus deseos de divorciarse de su actual marido para casarse con... Nos está prohibido decirlo, pero podemos aventurar que la bellísima intérprete del «Mercado del Amor» ha perdido, sin duda, el poquísimos seso que tenía en su preciosísima cabecita.

Nos anuncian que la hermana de Dolores Costello, o sea Helen Costello, se ha casado con John Reggan, director de cine. La monísima actriz cuenta solamente veinte años y su feliz esposo treinta y ocho. Desde luego, la diferencia de edad no importa para amarse.

M.

Recuerdos de RUDY VALENTINO

DESPUES de algunas semanas de trabajar, Masses acaba de terminar el retrato de Valentino. Rudy, orgulloso de la obra de su amigo, ha escogido en el gran salón de Falcón Lair un sitio bien iluminado para colocar el cuadro, ante el cual han desfilado todos los fotógrafos y reporters del país. Han entrevistado a Masses y a Valentino y se han sacado fotografías de ambos al pie del retrato.

Valentino pasa horas enteras hablando de pintura, efusivamente, con Masses.

—Estoy contentísimo—dice—de haber tenido la idea para este retrato de haber vestido el traje campero andaluz. ¿No sabe usted que de todos los trajes que conozco éste es el que más me gusta?

Mi sueño dorado sería interpretar en la pantalla siempre papeles españoles o árabes. También me gustaría un día, en un film, ser un joven príncipe indio...

Por lo pronto y mientras llega el momento de ser rajah, es indispensable que Rodolfo se transforme en cosaco ruso. Las tomas de vistas de «Aguila Negra» prosiguen. Cada mañana Valentino va al Estudio acompañado de Masses, que se ha hecho su compañero inseparable. Beltrán se divierte con las cotidianas transformaciones del actor. Se ve entrar en el Estudio un Rodolfo moderno, elegante y distinguido, con traje beige o perla, y al cabo de un cuarto de hora sale un joven cosaco ruso, y tan ruso como estos famosos caballeros magníficos de fuerza y de gracia bajo el dolmán enorme y gorro peludo.

¡Al trabajo! Después de haber comprobado si su maquillaje está bien, Valentino entra en el campo de las cámaras y de los sunlights, y desde este momento cesa de ser él para convertirse en el «Aguila Negra».

Beltrán se maravilla de ver la conciencia, el entusiasmo y el optimismo que Rudy pone en su tarea. Y es que el actor adulado está obsesionado por una idea, trabajar mejor, mejor hasta superarse... Y, despreciando los aplausos de directores y artistas, se vuelve a Masses, haciéndolo crítico de la escena:

—¿Cómo ha encontrado usted esta escena, Masses?

—Muy conmovedora, Rudy; al menos para mí.

—¿Está usted seguro? ¿No le parece que se podría hacer todavía mejor? Voy a volver a empezar...

Diez veces, veinte veces, Rudy rueda la misma escena, sin preocuparse de la fatiga.

Los días pasan, Masses, reclamado en París por sus asuntos, anuncia su

marcha, no sin experimentar gran sentimiento. Se ha dejado arrastrar por la avasalladora simpatía de Rudy y se quieren como dos hermanos. Sabe también que el joven actor tiene necesidad en aquellos momentos de tener junto a sí a un amigo y confidente seguro. La desavenencia entre Rudy y Natacha se agrava y parece que el divorcio es inevitable. Rudy estos últimos días está inconsolable. Hace unos días, al entrar Masses en sus habitaciones, lo ha encontrado llorando y con un revólver en la mano hablando de matarse...

—Pero esto es idiota, Rudy—exclamó el pintor—. ¡Quererse matar a su edad con el porvenir que se abre ante usted! ¿Está usted loco? ¿Va a dejar en su sitio el revólver y me prometerá usted que nunca más tendrá semejantes ideas.

Rudy promete, con lágrimas en los ojos... Ya no tiene gusto a la vida, a nada... ¿Por qué? Natacha no le quiere ya y no es posible que él pueda vivir con esta decepción.

El ha tratado siempre con ternura a su esposa. ¿Por qué ésta ya no le ama?

Y Rudy está siempre triste y taciturno.

Afortunadamente, si sus crisis sentimentales son violentas, pasan pronto, y habiendo aplazado algo la marcha Masses, ve con verdadera alegría renacer la tranquilidad en Rudy.

El trabajo y la amistad consiguen que el joven actor recupere poco a poco su equilibrio habitual y sonría de nueva a la vida.

La víspera de la marcha de Bel-

trán, Rudy aborda con el pintor una cuestión delicada...

—Usted me ha pintado mi retrato, y en lugar de vendérmelo, me lo ha regalado... Desearía que usted se llevase algo de mí, algún recuerdo mío. Diga qué es lo que más le gusta.

Ante la insistencia de Rudy, Masses se decide:

—Bueno, puesto que usted se empeña, ¿sabe qué me gustaría? ¡Su perro «Hollywood»!

Con gran sorpresa del pintor, Rudy se queda parado y parece la imagen misma de la desolación.

—¡Oh, no, Beltrán! ¡Pídame lo que quiera, no importa el valor...; pero no mi perro! ¡Lo quiero tantol...

—Bien, Rudy, bien; no se preocupe, ya encontraremos otra cosa.

Y el pintor olvida el incidente.

Al día siguiente, Valentino acompaña a Masses a la estación. El tren se va dentro de media hora. Los dos amigos se preparan a esperarlo juntos y de pronto Rudy lanza un grito:

—¡He olvidado algo en casa...; espéremel!

Y se marcha con velocidad fulminea. Al cabo de un momento vuelve. Masses ya estaba en el vagón. Rudy entra con un perro Hollywood.

—Masses, le regalo mi perro...; cúbdelo bien...

Y la emoción sofoca su voz.

Y antes de que Masses pueda añadir nada más, Rudy lo abraza estrechamente y emocionado salta del vagón, que empieza a marchar ya...

C. D.

(Seguirá.)

EL INTERVIEW SEMANAL

Hablando con John Barrymore

ENTRAMOS en el Estudio tranquilo y sobriamente elegante del famoso actor. Este nos aguarda fumando tranquilamente un perfumado cigarrillo.

—Tengo muy poco tiempo—dice—porque dentro de media hora tengo que ir a filmar de nuevo.

—¿Qué nueva producción prepara usted?

—No puedo decirlo todavía—dice después de un momento de vacilación—. El nombre no es definitivo.

Sólo puedo decirles que tengo por partenaire a Carol Lombard, la de

los ojos luminosos como la llaman aquí.

—¿Es una buena artista?

—Magnífica—exclama con entusiasmo Barrymore—y además tan buena...

—¿Es película hablada?

—Sí. Parece que mi voz se adapta al micrófono. A decirle verdad, no me gusta mucho este género de películas, pero ¡qué vamos a hacer!...

Y John Barrymore hace un gesto resignado.

—¿No sale usted a tomar sus vacaciones?

—Sí, ciertamente, dentro de un

Historia de mi vida, por Joan Crawford

(Continuación)

SUPONGO que esto les parecerá extraño a los lectores, Joan Crawford, la brillante estrella «Broadway», en un convento... Joan Crawford era a la sazón una niña de una exquisita sensibilidad, sentíase desgraciada y molesta porque creía que sus compañeras no la querían y prefería ir a ocultarse sola en un rincón, hurafía y esquiva. No, yo no era feliz en aquel convento y, sin embargo, cuando al cabo de un año mi madre vino a buscarme, la supliqué me dejara en él. Pero mi madre ya no tenía dinero, y se había separado de mi padre, lo cual confirmó mi resolución de no volver a una casa donde no encontraría el cariño y amor paternales, puesto que esta idea se me hacía insoportable.

Por fin pude conseguir quedarme allí, a cambio de algunos trabajos domésticos, y gracias a esto pude terminar felizmente mis primeros estudios.

Encontré a mi madre regentando un hotel barato, cuya fealdad me afligía tanto, que pasaba todo el día correteando por las calles del pueblo, en busca de mi padre. Espiaba los rostros de los transeúntes y los zapatos. Tenía la seguridad de no confundir los zapatos de mi padre con ningunos más. ¡Los conocía tan bien!

Un día, por fin, lo vi: «¡Papá!», llamé aturdida, con un grito que hizo volver la cabeza de varia gente que pasaba por allá. Mi padre me reconoció y me abrazó. Luego me llevó con él a tomar un helado, y aquel refresco de diez centavos me pareció la mejor cosa del mundo, y es el mejor recuerdo de mi infancia, gracias a papá Cassin.

Mi madre no pudo conservar mucho

tiempo su colocación en el hotel y se puso al frente de un taller de planchado de uno de los barrios más pobres. ¡Qué asco, Dios mío! ¡Qué sucio aquel barrio! No había más que apaches y mujeres de mala nota. No podía atravesar las calles sin ofr proposiciones tan soeces y groseras, que me tapaba los oídos y me esforzaba en no oírlas.

Mamá se convenció de que no podía tenerme a su lado y decidió meterme en una pensión de niños ricos para estar al cuidado de los más pequeños, lavarles, vestirles, acostarles y ocuparme de otras faenas domésticas. En cambio, tenía la facultad de continuar mis estudios.

Muchas veces se me ha ocurrido preguntarme a mí misma si las personas que enviaban sus hijos a aquel colegio hubieran seguido mandándolos si hubiesen sabido el trato que a mí se me daba. Es muy posible que la dueña de aquella pensión viva todavía, y le pasen estas líneas por los ojos; pero lo que de malo se diga contra ella es poco todavía. No pasaba ni un solo día sin que me pegara. Una tarde en que estaba muerta de cansancio, una joven se me ofreció para ayudarme. Así que se apercebí de ello aquella arpa, precipitóse sobre mí y, arrastrándome por los cabellos, me hizo bajar dos pisos y me molió a golpes.

Los niños eran el único lenitivo a mis penas. Después de haberles metido en el lecho les leía cuentos de hadas, preguntándome siempre porqué sus madres les mandaban a una pensión si sus medios de fortuna les permitían tenerles a su lado y cuidarlos tiernamente. Un día, no pudiendo soportar por más tiempo el martirio, decidí fugarme, y una vez

puesta en práctica mi idea anduve por todas las calles de Kansas City sin saber a dónde dirigirme. Desde luego me decidí a volver al lado de mi madre para ocupar de nuevo una de aquellas sórdidas habitaciones situadas en la trastienda. La noche me cogió en la calle. Era preciso decidirme. Un policía me detuvo y me llevó de nuevo a la pensión. Una vez allí, me quité los zapatos para entrar con el menor ruido posible. Todavía me veo con el delantal azul entrando en la cocina... Aquella mujer me esperaba y me propinó tal paliza, que es imposible describirla. Sólo sé que estuve dos días sumida en un profundo letargo que ella por un momento creyó era la muerte... ¡Desgraciadamente, no era así!

Yo tenía vivos deseos de contarle todo a mi madre cuando los sábados venía a verme. Tenía el firme propósito de decirselo y siempre me callaba.

De todos modos, en cuanto fui mayor mi situación cambió, puesto que yo adiviné que a los muchachos que venían a la pensión yo les gustaba. Y la dueña, para atraerlos, me daba permiso para bailar con ellos... Entonces empecé a comprender lo útil que es para una muchacha el saber hacerse influente entre los hombres... y comprendí, también, que el baile podía ser un medio de ganarme mi vida.

Así me lo aseguraron varios muchachos que frecuentaban la pensión, y por lo mismo, al ganar un premio de baile en un concurso, esta idea hizo presa en mí y un día me fugué por segunda vez...

JOAN CRAWFORD

(Seguirá.)

mes, me marcharé, no sé dónde todavía, pero creo que a un pueblecito cerca del mar...

Y Barrymore tateara la conocida canción-vals: «En un pueblecito español»...

—¿Qué opina del amor, usted que ha interpretado siempre películas de perfecto amante...?

—Es una pregunta delicada... y que le contestaré en dos palabras. Generalmente, nunca se sabe cuándo el amor verdadero pasa al lado. Por eso los hombres vamos de un corazón a otro, para satisfacer nuestras ansias de encontrar el alma gemela.

—¿Usted no la ha encontrado todavía?

—Sí...

—¿Dejará usted el cine si se casa?

—Es muy posible... para obligarla a ella que haga otro tanto...

—¿Es cierto todo lo que se ha publicado acerca del rapto de que fué usted víctima?

—Desgraciadamente, sí — y Barrymore se ríe con su risa simpática y franca —; fué algo sumamente divertido. Figúrese que revolver en mano se me obligaba a dar palabra de casamiento... Es sumamente divertido. A decir verdad, aquí en América

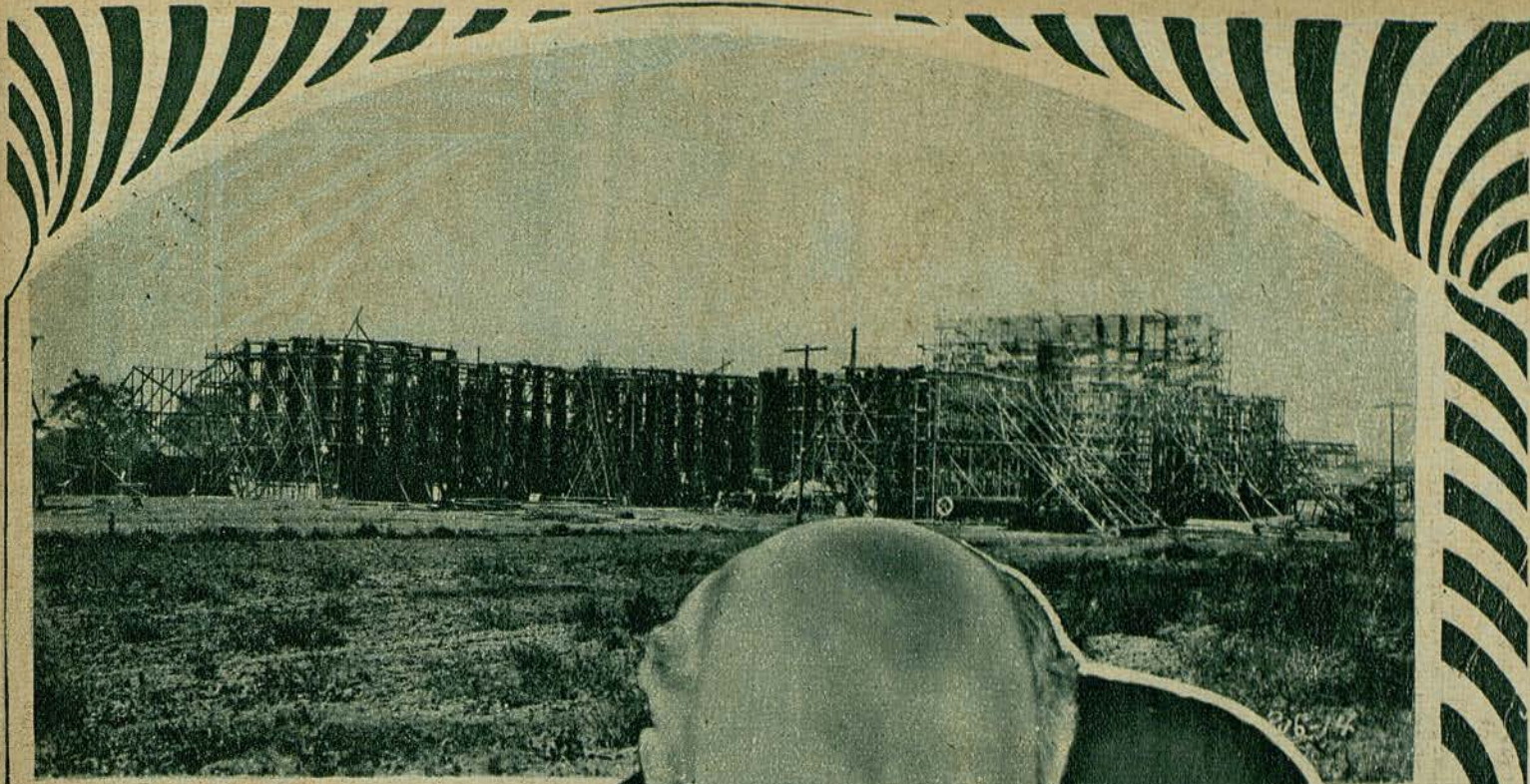
siempre suceden las cosas más extrañas del mundo y lo grande del caso es que poca importancia se da a nada.

—¿Podemos saber el nombre de su futura esposa Barrymore?

—Sí, ciertamente, se llama... Carol Lombard.

Lo habíamos adivinado. El encanto claro y luminoso de esta artista joven ha logrado encadenar al eterno don Juan que sonríe, sonríe y sopla levemente sobre la ceniza gris de su cigarrillo.

EL CORRESPONSAL
DE HOLLYWOOD

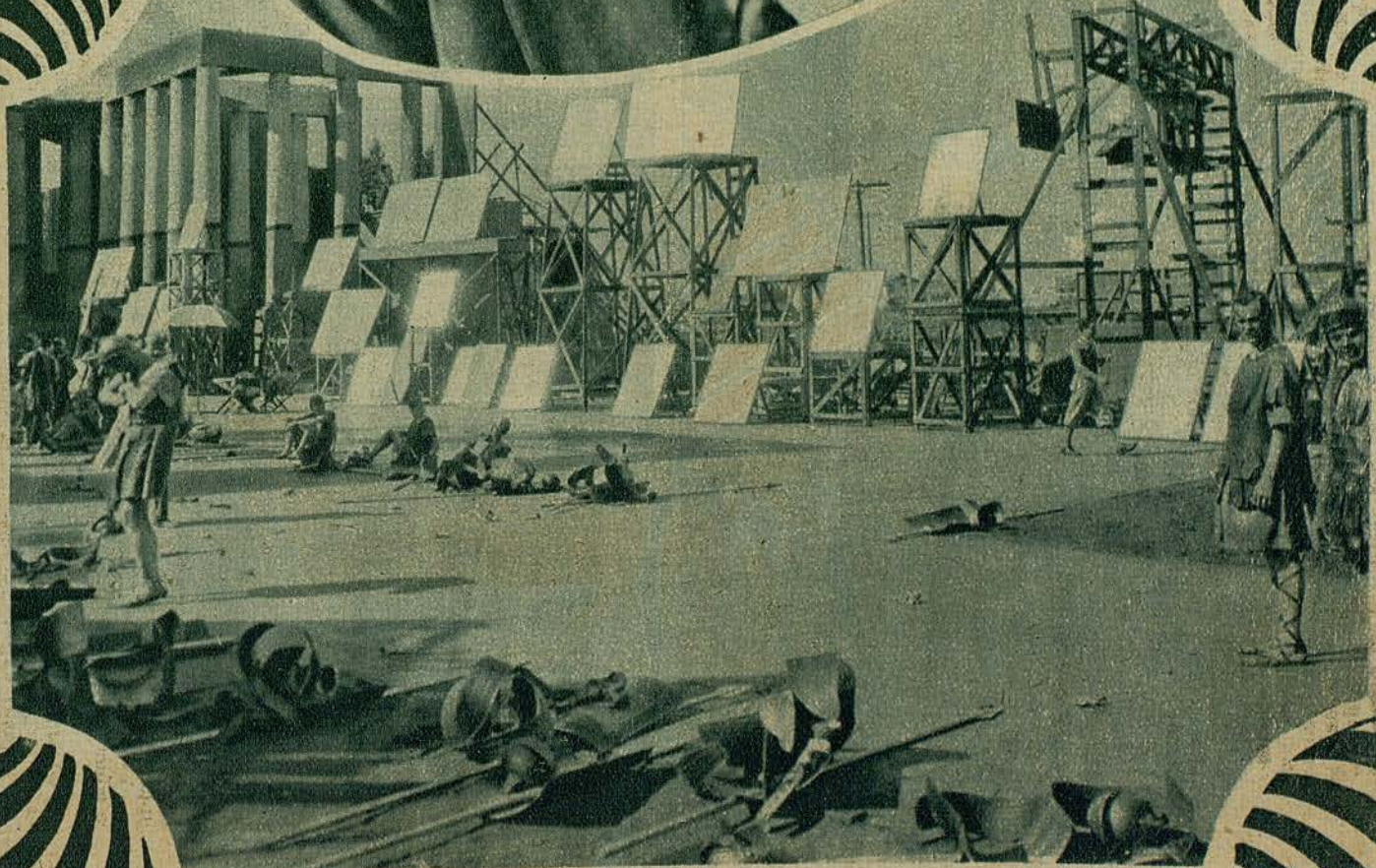


ENTRE BASTIDORES

La formidable tramoya que se ha levantado en los estudios de la Pro. Dis. Co., para impresionar una cinta de argumento bíblico, dirigida por Cecil B. de Mille.

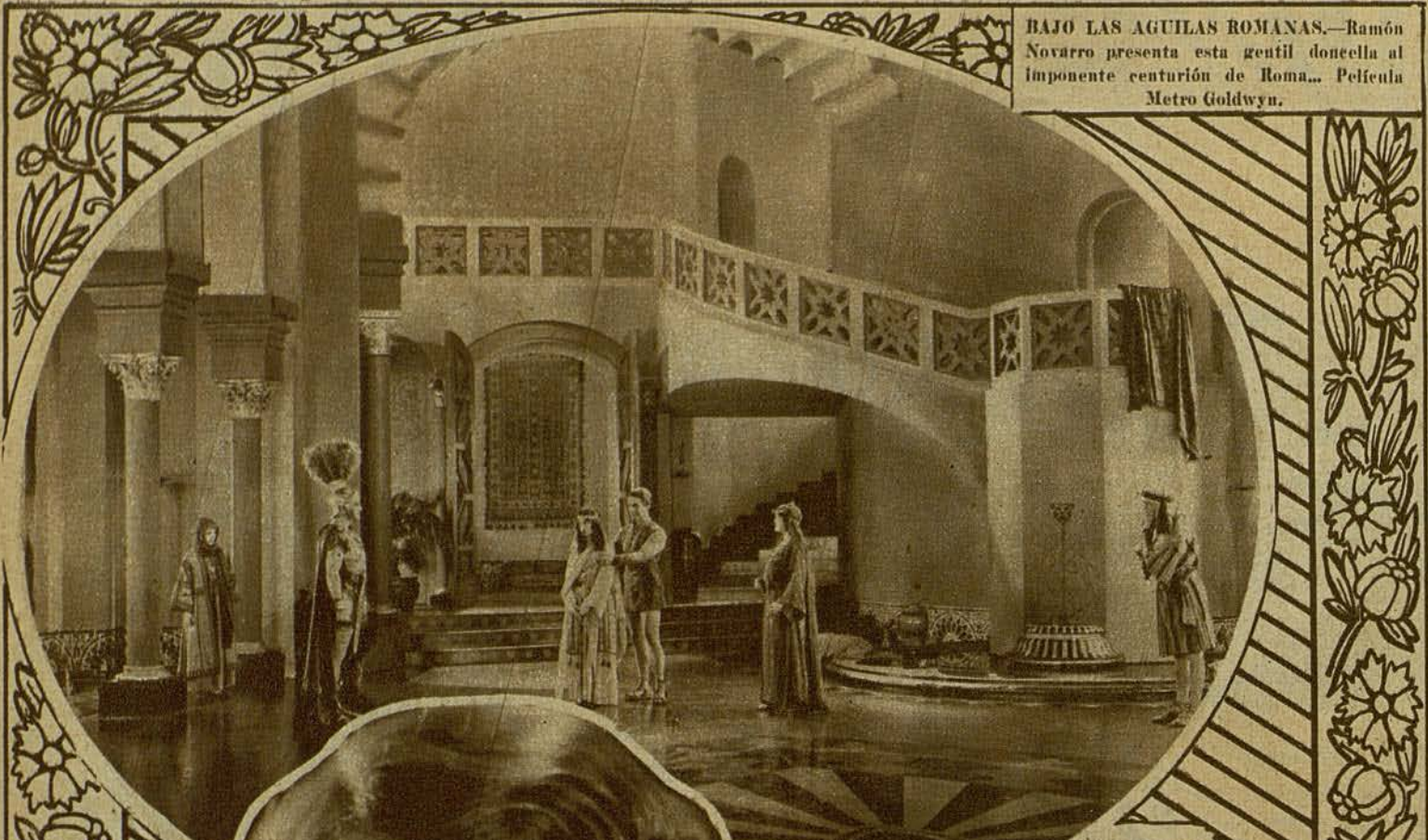


CECIL B. DE MILLE. —El célebre director de la Pro. Dis. Co., tan inclinado a buscar argumentos y sugerencias de la vida de los hebreos.



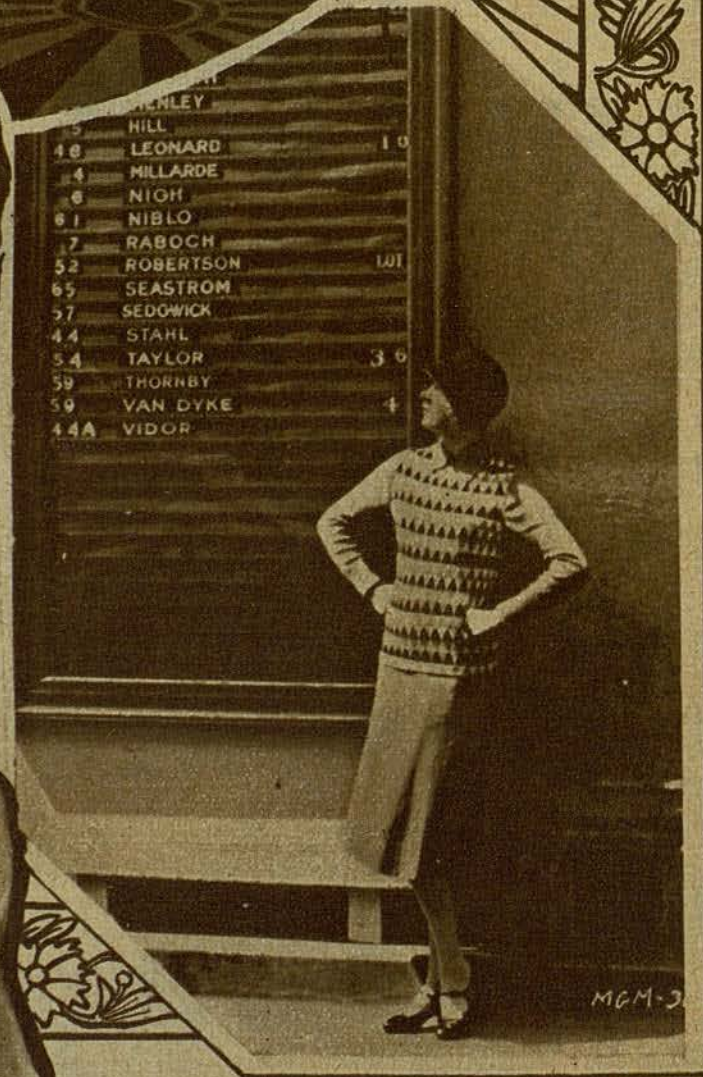
LOS ROMANOS EN HOLLYWOOD. —Ante las columnas de un templo antiguo, se pasean o descansan algunos soldados romanos —más yanquis que Calvin Coolidge.

BAJO LAS AGUILAS ROMANAS.—Ramón
Novarro presenta esta gentil doncella al
imponente centurión de Roma... Película
Metro Goldwyn.



AVONE TAYLOR
Estrella cinematográfica en su orto.

5	HILL	
48	LEONARD	10
4	MILLARDE	
6	NIGH	
61	NIBLO	
7	RABOCH	
52	ROBERTSON	101
65	SEASTROM	
57	SEDOWICK	
44	STAHL	
54	TAYLOR	30
59	THORBY	
59	VAN DYKE	4
44A	VIDOR	



LA TABLILLA

La tablilla de los ensayos, que en los teatros suele ser una verdadera tablilla, frecuentemente carcomida, en los estudios americanos es una instalación completa y moderna. Gwion Lee, la artista de M. G. M., aparece de pie en la tablilla.



ELEANOR BOARDMAN

Actriz de una gran sensibilidad y de una suave belleza, que ha triunfado repetidamente en los films M. G. M.



BETTY BRONSON

De la Paramount. Era una niña cuando apareció por primera vez en la pantalla. Ya es una mujer. Y no ha dejado nunca de ser una artista.



MELANCOLIA.—Greta Garbo está triste. ¿Qué tendrá Greta Garbo? El espléndido «necessaire» que tiene ante sus ojos no parece un motivo fatal de tristeza. Pero, en la película, no lo dudemos, todo se explicará satisfactoriamente.



RENEE ADOREE.—La ex cocinera, convertida en gran actriz de la Metro Goldwyn, nos mira con ojos casi espantados. No está, por eso, menos interesante.